

# ESPORA

N Ú M E R O 7



CARO  
CHAVEZ

microficción • cuento • narrativa visual • poesía • ensayo

## Carta editorial

### En resumen\*

**Este número es una punzada** / no es el nombre mal formado de partículas sin sentido / en la capital no queda nada / **este número es una ventana que da hacia un país** / el coyote corre hacia el oeste por la carretera que ya no está / **no se convocó bajo temática** / sin notar que el suelo se vence y se quiebra / **y la rabia sobrepasa la escritura** / es que tú no sabes lo que es estar a punto de morir, muchacho / tener tanta sed que te sientes consumir a ti mismo / **no se puede no pensar que nos transgreden** / puedes caer en cualquier instante para no levantarte jamás / regresando a tu centro, a tu semilla, hasta la raíz / **escribimos porque ya no nos cabe la impotencia** / agarra un cuchillo de los grandes y filósofos de la barra / **nos queda la palabra** / me llevan muerta en vida / de la radio una voz bruta / disco rayándose / discurso desgastado / ladrando / se actuará enérgicamente... / **y sin embargo los desaparecidos** / y es que la vida, tal cual, no es mala: solamente muy corta / todos queremos vivir y sin embargo / **los feminicidios** / tenemos que morir / **no debemos olvidar al otro** / como última no morir dolorosamente / los objetos peligrosos resultan más benignos / **el texto es una confrontación** / apenas dieciséis mil quinientas setenta personas se hicieron daño con un hacha / monedas y billetes causaron el triple de lesiones / **este número se autoresponde** / ¿y quién mató a David? / David iba a contárselo al pueblo / 10 de marzo de 2006, Michoacán.

Nicté Toxqui

María Fernanda García Reyes

\*intervención, transgresión y comunión  
con las colaboraciones de esta edición.

## ÍNDICE

- 4 **Poesía:** No me fui papá
- 7 **Cuento:** Hasta la raíz
- 9 **Ensayo:** Tlahuapan
- 12 **Poesía:** Para susurrar en la oscuridad
- 13 **Cuento:** El río
- 18 **Cuento:** Un pedazo de carne
- 20 **Poesía:** Pedro y "el lobo"
- 22 **Cuento:** Once treinta
- 25 **Poesía:** El bosque azul que me circunda
- 27 **Cuento:** Las generaciones
- 30 **Cuento:** ¿Qué le pasa a Lupita?
- 33 **Ensayo:** Vendrá la muerte y no tendrá tus ojos (todavía)
- 35 **Poesía:** Los objetos peligrosos resultan más benignos
- 36 **Microficción:** El coyote

# No me fui papá

**AUTOR**

Mario Islasáinz

**LUGAR DE RESIDENCIA**

Orizaba, Veracruz

**CATEGORÍA**

Poesía

me llevaron

a rastras

a jalones

diez o doce soeces amenazas

acompañadas de abusos

bastaron

para olvidarme de todo lo vivido

y empezar a morir

a través de ellos

el primero me violó las veces que quiso

ya no recuerdo bien

el segundo dijo cuidarme mientras manoseaba

mi cuerpo hasta donde no sentía dolor

el tercero trajo alimento que no comí

me lo impedía en tanto me sodomizaba

el cuarto me pidió no llorar

cuando ya no restaban en mí lágrimas

y también violentó mi boca

la suerte de existir

la mía  
estaba echada

enteramente por ellos

luego

obligada siempre

día a día fui de varios más

puros desconocidos

ensañándose con restos de mi pureza

durante mucho tiempo

nada de mí fue respetado

acaso importaba

hundieron sus miembros

sus dedos

sus asquerosos deseos

por toda yo

debía pagar una deuda

jamás contraída

ahora ellos me desechan

me venden por míseros pesos

a otro que me lleva ya

con una mano al volante

y la otra entre mis pechos  
que baja brutal hasta mi sexo

y se entretiene como enajenado  
 mientras sonríe diciendo  
 conmigo no eres nadie  
 y a donde vamos serás  
 menos que nada  
 juro que no me fui mamá  
 me llevan muerta en vida  
 alejándome aún más  
 desconozco dónde  
 de la radio una voz bruta  
 brota como cascada  
 disco rayándose  
 discurso desgastado ladrando  
 se actuará enérgicamente...



# Hasta la raíz

*En este mundo de plástico y de ruido,  
 quiero ser de barro y silencio.*

*E. Galeano*

Es que tú no sabes lo que es estar a punto de morir, muchacho. Tener tanta sed que te sientes consumir a ti mismo, sentir que se te acaban las energías y que puedes caer en cualquier instante para no levantarte jamás, regresando a tu centro, a tu semilla, hasta la raíz. Doblándote, sintiendo la tierra casi estéril debajo de ti, hambrienta de ti, dispuesta a devorarte, a chupar hasta la última gota de agua de tu interior; mientras el padre sol lanza su odio sin consuelo ni tregua.

¡N´ombre! ¿Tú que vas a andar sabiendo deso? Con tus colores brillantes y bonitos adornos, y está bien: lo acepto. Los tiempos cambian y uno se queda atrás, otros logran camuflarse en esta nueva vida urbana y ruidosa. Nomás te recuerdo que la esencia de nuestras raíces son las mismas. Mírate: ya estas sudando y apenas es mayo, ¿qué será de ti en julio o agosto? Con ese calor asfixiante que hace jadear hasta el pavimento ¿sí ves? ¿Alcanzas a observar a contraluz el vapor que arroja el asfalto? Antes las cosas

**AUTOR**  
 Astrid Gómez Bojórquez

**LUGAR DE RESIDENCIA**  
 Hermosillo, Sonora

**RED SOCIAL**  
 FB: /astrid.delioncourt

**CATEGORÍA**  
 Cuento

no eran así ¡no, señor, no! Antes la tierra era más hostil, pero más bondadosa a la vez. ¿No lo comprendes, vedá?

Mira, chamaco, yo existo aquí desde mucho antes de que tu semilla existiera. A ti te acaban de traer a este mundo inhóspito, de movimientos, cambios y luces, y estás muy acostumbrado a que te den de beber, buki insensato... te dan agua ahorita, que ´res novedad, para que te sientas cómodo con el cambio y no echas raíz, porque no les conviene eso. ¿Qué no entiendes que se les va a pasar la loquera y vas a dejar de ser importante? Uno más, aquí, en el paseo mortal de máquinas infaustas, del carrerío que nunca se detiene. ¿Y qué vas a hacer, entonces, cuando no estés firme y no te puedas asir a nada?

Quizá sobrevivas a este primer verano y al crudo y seco invierno del lugar, pero ¿y a los ventarrones de Semana Santa, donde se te llena de tierra hasta el alma y cada resquicio y rendija chilla en la inmensidad de la nada, al verse violada por el viento y el polvo milenario? ¿Qué vas a hacer, si aquí el punto es doblarse, pero no caer? El truco para sobrevivir esta época es saber bien quién eres, estar bien plantado en la tierra. Como te digo, tú, ¿tú cómo vas a echar raíz si te lo dan todo? No me hagas esas caras, muchacho cabrón, que sólo te digo la verdad, todo por lo que yo he pasado. ¡¿Qué?! ¿Que estoy viejo? Pues sí, quizá. Ya ves: viejos los cerros. Y aquí donde me ves con la cáscara toda renegrida por el sol, todavía reverdezo, con una flor amarilla muy bella, por cierto. Todavía doy flor y sombra pa´ rato, no te creas... A mí pocas cosas me afectan ¡he visto tanto en este devenir del tiempo!

¿Cómo? ¿Cómo que “cómo”, mijo? Fácil: todo lo que ves a ahora, antes era páramo,

desierto, nada. Aquí a mi lado, antes había unas choyas ventajosas y argüenderas que se servían de mi sombra; pero un buen día el hombre llegó, queriéndolo conquistar todo, ni agua va, dijo. Llegó aquí, como tú, con sus planes y fachas, para “mo-der-ni-zar-nos”. Ahora la vida pasa rápido ¡qué digo rápido! ¡Hecha la mocha! ¡Como si el mismo diablo le viniera picando el fundío! De repente ya había edificios y comercios y calurosas calles pavimentadas, llenas de colores y ruidos... Y dejé de escuchar a mi compa el coyote, que le aullaba tristemente enamorado a la luna, y me perdí del ulular de mi amiga la lechuza. Dejé de sentir el cálido viento nocturno, que acogedor me mecía, al que podía platicarle las cosas de un día sin importancia, de un día común como muchos otros. Y dejé de ver las estrellas, y de prestarle atención al silencio, a la inmensidad de la que provenimos. Sobre todo, dejé de ver el cielo estrellado. ¿No te parece ni un poquito triste, mocoso? Que con tanto edificio alto y tanto polvo, ¿ya no podemos ver las estrellas, ni nos demos el tiempo de hacerlo?

Ya sé, ya sé, ya sé... ¡no me reniegues, chamaco! ¡Qué-la-chingada! Sé que me debo adaptar ¡y lo he intentado! Pero mírame: aquí, con mis verdes ramas, delgadas y puntiagudas que anhelan el cielo, y mis flores amarillas de un solo mes. Aquí, junto a ti. Una benjamina que la trajeron de quién sabe dónde, plantado enseguida de una vieja y deshidratada palmera que fachosa se mueve con los ventarrones presumiendo sus hojas gigantes. ¡Pero mírame! ¡Mírame nomás anhelando algo que ya fue! Aquí, plantado en medio de este infernal camellón, cansado. Cansado de todo y de todos. Cansado hasta la raíz.

# TLAHUAPAN

## AUTORA

Carla de la Hidalga

## LUGAR DE RESIDENCIA

Puebla, Puebla

## RED SOCIAL

FB: /CarlyDeLaHidalga

## CATEGORÍA

Ensayo

No es el nombre mal formado de partículas sin sentido. Mucho menos esa “h” al inicio e intermedia que me hace ruido. Es el conjunto. Es común encontrar el disgusto provocado en el registro de recuerdos perturbadores donde la nota suscrita por sí sola no surte efecto maligno en el ser, sino el conglomerado cúmulo de terribles olores y fracasos guardados los que torturan al poseedor. También podemos encontrar ese sentido asqueroso al plato vacío, no en materia sino en contenido, que sirven en la fondita común del vecindario. No es el uso de una cantidad descabellada de sal lo que puede hacer que la propina sea inexistente, sino el conjunto de alimentos formando una bazofia al gusto del paladar. Es ahí cuando surge la curiosidad extrema y la sed por saber si el viaje en el camión de la ciudad es detestable debido al chofer en particular, el cual es regido por un régimen

regulatorio en donde pagan más si manejas peor, o es el señor gordo de a lado con sudor junto a su cadera ancha que te tira por el borde del asiento cual bola de billar al hoyo del abismo. Cabe destacar (vélgase como dato extra para responder con sabiduría la interrogante propuesta) que el señor forma un grotesco conjunto con el chofer mal pagado de la ruta 10. Incluso puede que sea la gente que viaja en mayoría, formando una lata de sardinas lista para canjearse por un vale de entrada libre a SixFlags, la que haga de su viaje una experiencia inolvidable. Entonces esto nos lleva a la afirmación sobre la idea de que los libros que se venden en grandes cantidades son atroces al ojo del escritor culto. ¿Por qué? ¿Acaso es la masa de papel malgastado lo que molesta? ¿Tal vez es la historia sin historia (vaya ironía la que dije y la que diré) contada en masa a grandes masas? En este caso sí podríamos

decir que el texto en tales “obras literarias” visto como elemento independiente es malo y visto como conjunto formado por él y sus hermanos es brutal. ¿Existirá un conjunto que a pesar de sus elementos solitarios y deficientes al unirse sean algo magistral? Me vienen a la mente dos situaciones: una memela y un orgasmo. Expliquemos la primera. Desde mi perspectiva la memela está formada por: una memelera, tierra de las uñas, bacterias, suciedad, colesterol, cenizas de volcán, salsa verde/roja (dependiendo el gusto del comensal), masa, manteca, queso y cebolla. En este caso es claro que existen ciertos elementos meramente faltos de sensualidad y ciertos elementos gozosos de atractivo. Para mí los bastos de carisma son las bacterias, el colesterol y la cebolla; quedando así como los rebosantes de virtudes la tierra de las uñas, la suciedad, las cenizas de volcán, la salsa verde/roja (en el caso de esta comensal sería roja), la masa, la manteca y el queso. La memelera sólo es un conducto para que tal obra magistral cobre vida y existencia en un elegante plato de plástico. Por eso precisamente ésta será un ingrediente neutral. Ambos conjuntos de elementos positivos y negativos forman un conjunto excepcional: la rica memela cómeme, engórdate y enférmate mexicana. No importa si la memela tiene debilidades o dificultades (menciono sinónimos puesto que los psicólogos modernos afirman que decir la palabra DEFECTO es sumamente monstruoso y perjudicial a la integridad y formación del individuo exitoso, vaya tontería): en su totalidad es sublime. Ahora pues sigamos

---

“¿Existirá un conjunto que a pesar de sus elementos solitarios deficientes al unirse sean algo magistral? Me vienen a la mente dos situaciones: Una memela y un orgasmo.”

---

con la explicación del orgasmo. Un orgasmo desde la mirada científica y biológica se define como “la descarga repentina de la tensión sexual acumulada durante el ciclo de la respuesta sexual.” En pocas palabras terminar con júbilo un camino lleno de formalidades. Éste también está formado por dos grupos de elementos: los héroes y los villanos. Los héroes analizados desde una mirada bastante romántica podrían ser los besos, las caricias, las miradas, los movimientos, la pasión, la locura y por supuesto la serie de palabras dichas en el camino al éxtasis. En cambio los villanos vistos bajo la lupa de lo crudo serían la saliva, las bacterias (una vez más nos honran con su presencia, gracias), el sudor, la combinación de olor a humano, los fluidos corporales y las ETS. Personas afirman que es decepcionante que un suceso tan magnífico como un orgasmo tenga horribles consecuencias como el dejar/quedar embarazada. Claro es que ese tema es propio de otro ensayo. Continuando con lo nuestro podemos decir que ni el sudor,

ni la combinación de olores, mucho menos la saliva, las ETS y ni las bacterias son elementos que basados en su individualidad el humano diga: ¡Qué delicia! En cambio, si le dices a un hombre/mujer la palabra orgasmo en lo que menos piensa es en la serie de elementos benéficos y maléficos que lo puedan conformar. Entonces, ¿los conjuntos son buenos, malos o regulares? ¿Se puede llegar a pensar que existen excepciones? ¿“En reserva de las garantías” (frase hecha y mucho más desecha del famoso esquema de Toulmin)? ¿Los elementos no son el problema sino el conjunto? ¿No eres tú, soy yo? ¿Qué queda entonces? Si la pregunta fuera para mí y me viera en la completa necesidad y por supuesto necesidad de responderla diría con gran seguridad: no lo sé. Explicaría de una forma serena y bastante tranquila que a mí simplemente no me gusta el nombre de Tlahuapan. Por supuesto no son las partículas mal formadas, mucho menos esa “h” al inicio o intermedia la que me hace ruido. Es el conjunto.

## Para susurrar en la oscuridad\*

Muchas sombras peleando contra una sola sombra,  
muchos testigos tomando los puñales  
arrebátandolos de una masa roja: la sangre.

Muchos  
poros  
en  
la luz.

Muchas sombras trenzadas al agua  
y una voz, arrojada a las ciudades:  
*No todo pasa,  
a veces esto habitó en la pupila de un cadáver en el año 1000,  
a veces este poema se escribía por sí mismo,  
a veces una letra se que/bra/ba.*



Artemio Ramón Fernández | Santiago de Querétaro, Querétaro | FB: /rtemov.dejesus | Poesía

\*Parte de la serie "Los habitantes de la noche"

## El río

Por: José Frausto

Juventina y su familia visitarán el nuevo centro comercial por primera vez. Su yerno está al volante. Es un empleado en una planta acuífera en las afueras de la ciudad. Habla de la nueva presa de agua que se ha construido junto con el centro comercial. Durante todo el trayecto ha tenido cosas que decir. De vez en cuando alguien lo interrumpe con preguntas.

"El beneficio es tremendo, de verdad. Hay nuevo suministro de agua a la ciudad y a pueblos de la zona. Antes todo por ahí era un desastre, por no decir un basurero. La gente llegaba y tiraba ahí lo que se le daba la gana. El río había quedado hecho un lodazal lleno de mugre. Ni se imaginan el olor. Llegaba hasta el trabajo."

"¿Y cuánto tenía el río así de tapado?"  
Pregunta Juventina.

"Muchísimo, suegra."  
"¿Cómo cuánto?"  
"No se sabe. Años quizá. Tuvieron que hacerse muchos trabajos para liberarlo."

La familia vive desde hace unos cuantos meses en un fraccionamiento lejos del centro. La razón había sido evitar todo tipo de aglutinamientos viales y humanos. Acelerar las cosas. Hay bosques y un club privado donde los niños podían ir a nadar. Juventina no vive por ahí, pero visita a su hija cada cierto tiempo.

Estas visitas la ponen irremisiblemente intranquila.

Le parece que todo se mueve con una rapidez abrumante. Las primeras veces había intentado calmarse y convencerse de que exageraba. Pensaba en su edad. Sus nietos le parecían el ejemplo más innegable. Al verla la abrazaban, y aún no habían terminado de hacerlo que ya repelaban por un helado de vainilla y luego por unos dulces de una tienda de por ahí y, en fin, apenas se terminaban el helado. Pero había otras ocasiones en donde las cosas le parecían de una objetividad mucho más inquietante.

Su yerno compró la casa en el fraccionamiento a mensualidades tan pronto se enteraron de su existencia.

"Ahora se llega en dos segundos a todos lados." Lo escucha decir. "Hace unos meses había unos trabajos que provocaban un atascadero en este bulevar."

Para ingresar al estacionamiento subterráneo se pasa por un portal metálico, donde están unas máquinas que fabricaban boletos de acceso. Al entrar se oyen unos ruidos en el quemacocos, como si alguien golpeará con los nudillos. Los niños se espantan. Su hija da un sobresalto.

"Tranquilos allá atrás." Dice su yerno. "Sólo es agua."

**Hace varios minutos que dan vueltas entre los coches.** En cierto momento su yerno detiene la camioneta y les pide a todos que desciendan. Juventina observa una vena hinchada en la frente de su yerno que parece un tatuaje mal hecho. Su hija le pregunta si todo está bien. Su yerno afirma sin voltearla a ver.

“Está hasta la madre. Bájense ya, me van a pegar.”

Los niños se bajan y preguntan si pueden correr solos a las escaleras mecánicas. Su madre les dice que esperen y ellos siguen pidiendo permiso entre quejas. La pareja discute y finalmente él le dice que se baje de una vez y que acompañe a los niños a las escaleras, pero luego mira atrás y le dice que ayude a bajar a su mamá primero.

“Puedo sola, no se preocupe.” Dice Juventina. Su hija la toma de la mano y bajan con dificultad. Unos quince segundos, su yerno tamborilea en el volante. La camioneta es alta. Cuando Juventina pone los dos pies en el suelo el coche arranca haciendo un chillido. Mientras su hija grita llamando a los niños por sus nombres, ella sigue con la mirada al coche que se aleja y finalmente desaparece en las sombras. Observa que no hay, y seguramente tampoco había habido mientras descendían, ningún otro detrás.

**Desde el sótano hasta el cuarto piso,** las subidas se hacen por escaleras mecánicas. Juventina camina entrelazada con el brazo de su hija. Intentan arduamente tomar un primer peldaño. Ay mamita, le dice. Sus nietos han subido y bajado repetidas veces esas escaleras. La última vez no volvieron a bajar. Su hija vuelve esporádicamente la vista hacia arriba, hacia la desembocadura de las escaleras, y los llama por sus nombres. Mamita, vuelve a decir, necesitamos subir ya, ayúdame porfa. Pone un pie, pero los peldaños se escabullen, se alejan como pedazos perversos de gelatina. Uno tras otro. Siente que su pie se hundirá y se perderá para siempre entre ellos. A sus espaldas empieza a formarse una hilera de gente. Juventina los ve y pierde la concentración para subir. Mami, tengo que ir a buscar a los niños, espérame dos segundos. Corre, hija. Juventina se hizo a un lado. Entonces su yerno aparece.

“Perdone de verdad, es que no puedo subir.”

Él mira al alrededor. Venga por aquí, le dice y la lleva a un elevador escondido tras las escaleras.

**Abre los ojos.** Se encuentra en una banca junto a los baños cerca de la zona de comidas rápidas. A su lado su yerno teclea en su celular. Cuando la ve despertar le lanza una mirada de soslayo.

“Ay Dios santo, espero no habérmelos desmayado.” Dice Juventina.

Nombre suegra, cómo cree, le responde, solo se nos durmió. Mira alrededor. Las paredes son blancas y el piso azul claro. Los nombres de las tiendas y los restaurantes parecen suspendidos en la nada.

“¿Cuánto tiene que llegamos?”

Ve filas de gente en las barras esperando hamburguesas y tacos árabes. Siente que la distancia que los separa del techo del centro comercial es descabellada. Las voces de la gente se entremezclan y se van a perder a algún lugar en forma de eco. Una hora, quizá. La vimos muy agotada, casi pálida.

¿Cómo se encuentra? Su yerno tiene una bolsa entre las piernas.

“¿Le dejaron algo los niños?”

Él ve la bolsa. ¿Esto? No, suegra, lo compré yo. Son unos trajes de baño. Ya sabe cómo es uno y me animé a llevármelos. ¿Qué le parecen? De la bolsa extrajo una larga bermuda azul con peces de colores.

“¿Y en cuánto le salió?”

Un poco caro, pero estaban a mensualidades. Después le mostró unas patas de rana y unos relojes de la misma tienda.

**Caminan buscando a los demás.** En varias ocasiones su yerno habla por teléfono. El centro comercial tiene un esqueleto circular. Ella sigue observando la intensidad del blanco de las paredes y el techo, como si fueran una perla derretida. El tono azulado del piso cambia de matiz conforme se recorre la circunferencia. Juventina se marea. ¿Dónde estamos? Su yerno le dice el nombre de una zona. Ella tiene la impresión de ver las mismas tiendas que hacía un rato, incluso a las mismas personas. En los pasillos hay masetas. Las plantas tienen una estatura que le parece la de un hombre adulto. Recorren el segundo piso. En la parte central del edificio se abre un vacío en el que puede observarse la planta baja, como si en algún momento hubiera habido una cascada en medio. Ahí abajo lo que aparece de vez en cuando son fuentes decorativas. A Juventina le dan la impresión de aumentar de tamaño y de complejidad conforme se avanza el recorrido, como el azul del piso. Hay niños alrededor de ellas, intentan mojarse y algunos hasta zambullirse. Sus madres los sujetan de las piernas. Su yerno le ofrece el brazo. Empiezan entonces a caminar más deprisa. Ingresan a una tienda y salieron por otro lado, una zona amplia en donde hay varios puestos de fundas de celulares. Un pato café junto con una nutria entretienen bailando a un grupo de niños. Su yerno habla con su esposa por celular en un tono adusto. Juventina nota que sus manos sudan. Entonces dan una vuelta brusca a la derecha y entran en una tienda de ropa y accesorios. En la entrada hay un letrero de piso mojado.

**Este año Memito ya pasa a secundaria.** Juanito y Max están todavía en la primaria, pero no tuvieron ningún problema para pasar a sexto. La maestra de inglés dice que Juanito va muy bien. Max hizo nuevos amigos. Su hija conversa con otra señora en la tienda. Juventina las escucha desde una banca en una pared, una banca café opaco que a cualquiera hubiera podido parecerle de madera roída. Al lado suyo hay unas escaleras mecánicas que conducen a otra sección de la tienda. Cuando se sentó tuvo la sensación de quedar extrañamente inmóvil. ¿Ya sabías de los descuentos o llegando te enteraste? Pregunta la señora. En la tienda hay una promoción de regreso a clases: toda la mercancía para niños y adolescentes tiene un veinte por ciento de descuento adicional. Observa a otras señoras con sus hijos. También hay parejas muy jóvenes. Una de ellas se acerca a la banca. Sin haberse percatarse de ello, se halla en la reducida zona de ropa para bebés. La pareja observa prendas diversas. Un muchacho con pants y tenis sube corriendo las escaleras mecánicas. Una muchacha se acerca a la banca cargando un conjun-

to de ropa. Se sienta a su lado y las analiza de prisa. Trae un diminuto short de mezclilla y una playera gris ajustada. A Juventina le agrada una de las blusas que la adolescente tiene en las manos. Una prenda colorida, con estampados de flores en un fondo beige y mangas largas. La muchacha queda pensativa, con la ropa sobre las piernas. Toma el celular y teclea con rapidez y después vuelve a tomar la ropa. Elige dos. Disculpe, ¿podría encargarme esto unos segundos? Claro, responde Juventina. La muchacha le agradece y sale corriendo. Contempla la blusa beige, tumbada junto a ella. Se le ocurre que quizá la muchacha no volverá. Entonces siente algo extraño, como un temblor. Los niños siguen viendo ropa, las madres hablando del inicio de clases. De pronto le parece oír el sonido del agua. Siente el piso mojado y sus manos húmedas. Quizá alguien había dejado caer un refresco y ella no se había dado cuenta de ello al venirse a sentar a la banca. Otro temblor, después más agua. Piensa en ponerse de pie, en preguntarle a su hija si no está temblando. De las escaleras mecánicas baja un niño de la mano de su madre con una playera en la que sonríe un pez payaso. Más temblores. En el momento en que se

había decidido a levantarse, aunque con miedo de resbalar, ve bajar a su yerno. Lentamente, casi con pereza. Baja dos peldaños, pero después se deja llevar por el mecanismo de las escaleras. Una vez en el suelo se dirige hacia la banca y ve las dos blusas hechas una maraña junto a su suegra. ¿Hay alguien sentado? Preguntó. Juventina se puso pensativa. Una muchacha las dejó ahí, dijo con flaqueza y aún con mucho nerviosismo. Su yerno las tomó y las puso sobre unos ganchos donde colgaban unas playeras con estampados de una película de superhéroes que se había estrenado ese año. Luego se dejó caer en la banca. ¿Le ocurre algo? Preguntó Juventina. Estoy arruinado, dijo, acabo de recibir la peor de las noticias. Tiendo a ser un llorón, la verdad. No quiero ni imaginar tener que contarle a Carmen. ¿Pero qué pasó? Nada, me habían prometido un puesto que al final resulta que no me dieron. ¿Pero eso es tan malo? Me iban a pagar más. Hemos comprado muchas cosas. No sé, suegra, no sé qué vamos a hacer. Disculpe que le venga a llorar, suegra.

Qué vergüenza. Esos cabrones me lo hicieron creer desde hacía meses, y ahí voy de pen-dejo ese mismo día y se lo grité a Carmen. Se puso muy contenta. Vamos a tener que regresar a los niños a la escuela de antes. No sé. Pero ya pagó la casa, ¿no? Al menos, dijo Juventina. Su yerno abrió la boca.

“Lorenzo.” Lo interrumpió. “¿No siente los temblores?”

“¿Qué temblores?”

Le indicó que se recargara en la pared. Lorenzo lo hizo y esperó, después hizo un gesto de alivio.

“Por un momento sí me metió un susto suegra. No es nada. Deben de estar construyendo algo allá atrás. El centro comercial sigue siendo nuevo.”

“Pero parece como si todo el edificio...”

“Es normal sentir temblores en construcciones como esta. Son muy altos y además hay mucha gente. Pasa todo el tiempo.”

“¿Y no le parece escuchar como un ruido de agua?”

“No escucho nada.”

“Pero no dijo usted que hay un río...”

“No se alarme. Hay unos baños aquí al lado, pero además creo que ya empezó a llover.”

**AUTOR**  
Georgina Guevara

**LUGAR DE RESIDENCIA**  
Córdoba, Veracruz

**CATEGORÍA**  
Cuento

# UN PEDAZO DE CARNE

Una vez tuve un maestro que usaba botas rotas. Era el pedazo de carne más desagradable que había visto en mi vida. Usaba el cabello largo, playeras de esas que luego regalan en eventos, jeans rotos y malolientes. Sus botas tenían una suela que hablaba y tenían todo el cuero enterrado. Yo no concibo semejante asquerosidad. Él jugaba con humor negro. Un día nos dijo que exentaría a aquel pobre iluso que creara un cuento porno para niños: lo decía en serio.

Tenía una voz normal, ni tan grave ni tan aguda ni tan alta ni tan baja, no hablaba ni tan rápido ni tan lento. Pero su voz tenía un no sé qué, que me ponía no sé cómo. En ocasiones se burló de nosotros y muchas veces no lo supimos. A mí me divertía que lo hiciera, que se burlara. Me intrigaba saber qué estaba pensando y por qué no lo podíamos descifrar. Estaba por encima de todos, eso es seguro. Cuando no hilábamos lo que quería decir con la oración número uno, reía. Y volvía a reír cuando veía nuestros rostros completamente perdidos en la oración número dos y en la tres. Reía estruendosamente, casi con maldad. De principio incomodaba porque no sólo se quedaba el

sonido en nuestros oídos, sino que se metía por nuestros poros. Yo sentía su risa en mi cuerpo, y después de algún tiempo, me acostumbé. Me gustaba sentir su risa burlona en mí. Me gustaba sentir mis pequeños poros abriéndose y tomando un poco de él.

A veces llegaba, se sentaba en su escritorio y sonreía divertido mientras comía su torta cubana que dejaba caer pedazos de salchicha por todos lados. Nos observaba haciendo nada, esperaba a que nos calláramos y quisiéramos empezar la clase. A veces la clase simplemente no comenzaba. Yo me sentaba en la última fila del lado izquierdo del salón, donde no había ventanas, donde los olores humanos se concentraban y donde me sentía acalorada. La pesadez de las cuatro de la tarde me llegaba y entonces no me importaba si hacía calor o si olía a sudor o si la silla estaba hundida. Yo veía al maestro estando allí atrás, sudando completita. Lo veía a él hablando con pasión de la sopa de letras del Che Guevara, del poema ilógico del Mío Cid y del final inesperado de Old Boy, y entonces yo sudaba más. Cuando era mi turno de pasar al frente a leer, le leía a él. Recitaba las palabras lenta, pausada

y quedamente, para que pronunciara mi nombre y me obligara a terminar. Llegaba siempre tarde a clase, para detenerme en la puerta y preguntarle con la mirada si me daba permiso, y desfilarse frente a él con no menos de once centímetros de tacón.

Ya me imaginaba siendo exentada, bajando por las escaleras del edificio 2, yendo hacia el sótano, donde no llega la luz natural. Me detendría en la primera puerta, frente al estante con las ranas disecadas, decidida y segura de mí. Lo vería a él, preguntándole nuevamente con la mirada si me daría permiso. Me quitaría el abrigo negro lentamente, alejaría la pashmina floreada del cuello, no sin antes deslizar mis dedos con calma sobre mis clavículas, bajarlos y subirlos por mis senos y por mi pecho ya agitado. Entonces soltaría mi cabello para que cuando él estuviera debajo de mí, oliera el aroma a lilis. Entraría pues al salón, con pasos sensuales, cortos. Llegaría hasta donde está él y desabotonaría mi blusa blanca. Aún parada y viendo desde arriba sus ojos desorbitados y confundidos pero ansiosos, le diría: “quiero que me recite la poesía que vimos ayer”, y él no se rehu-

saría. Le quitaría el cinturón, le acariciaría el cabello largo con cierta fuerza, le desabrocharía los jeans llenos de pasta dental y le diría: “comienza”.

Subiría mi falda “Me besaba mucho...”, luego una pierna a su muslo “...como si temiera irse muy temprano...”, luego la otra “...su cariño era inteligente, nervioso...”. Me acomodaría “...yo no comprendía tan febril premura...”, haciendo uso de la silla reclinable “...mi intención grosera nunca vio muy lejos...”, no le quitaría las manos de mi pecho, sino que lo dejaría recorrerme. Disfrutaría del calor de su boca en la mía “...¡ella presentía!...”, y en mi oreja “...ella presentía que era corto el plazo...” y en mi cuello “...que la vela herida por el latigazo del viento...”, en mi pecho y mi cintura “...aguardaba ya...”. Pero dejándonos llevar por la prisa y por una clase a punto de comenzar, haría que por fin terminara. “...Y en su ansiedad quería dejarme su alma en cada abrazo, poner en sus besos una eternidad”.

Una vez tuve un maestro que usaba botas rotas. Era el pedazo de carne más sensual que había visto en mi vida... No exenté.

# PEDRO Y "EL LOBO"

pseudología fantástica mentira patológica mitomanía:

nadie le creía a Pedro

"El Lobo" me estaba matando

dijo al policía

*yo gritaba: "¡Socorro, "El Lobo"! ¡Me come "El Lobo"!"*

Pedro era mitómano

mentiroso patológico

pseudológico fantástico

el policía *¿y quién mató a David?*

*"El Lobo" fue "El Lobo"*

"El Lobo" es un animal grande muy triste

ojos color sangre manos color sangre

*¿y dónde está "El Lobo"?*

Pedro era mitómano

mentiroso patológico

pseudológico fantástico

*"El Lobo" existe*

*me mordió el culo*

*me lamió la entrepierna*

*¿y quién mató a David?*

David era un animal pequeño muy sufrido

el doloroso el vengativo

los tres vivían cerca del bosque los tres

vestían de macho cabrío los tres

David supo:

"El Lobo" se comía constantemente

a Pedro en el bosque

y Pedro nunca gritó:

*"¡Socorro, "El Lobo"! ¡Me come "El Lobo"!"*

era mitómano

mentiroso patológico

pseudológico fantástico

David iba a contárselo al pueblo

10/marzo/2006. Michoacán. Pedro E. y "El Lobo" encarcelados por matar a David G.

**AUTOR**

Erik Moya

**LUGAR DE RESIDENCIA**

Morelia, Michoacán

**RED SOCIAL**

lectorbislexico.blogspot.mx

**CATEGORÍA**

Poesía



# Once treinta.

*En un café se vieron por casualidad cansados en el alma de tanto andar*

**Fito Páez**

La primera vez que la vi fue pura coincidencia. Me gustaba ver hacia arriba, admirar los edificios en lugar de perder la vista en el asfalto. Lo hacía hasta en el café al que iba diariamente, que tenía un patio grande, de casona antigua. Pasaba las mañanas observando a la gente que entraba, a veces por casualidad, otras porque, al igual que yo, no conocían mejor lugar para estar. Incluso me perdía a ratos viendo las ventanas de los edificios contiguos. Fue entonces que apareció.

Caminaba lento, vestida con prendas cafés de pies a cabeza. Nunca había reparado en ese pequeño mirador, pero sus movimientos, o la aparente falta de estos, hicieron que no le quitara la mirada de encima por varios minutos. Aunque estaba muy lejos para ver todo a detalle, podía asegurar una cosa: su piel vetusta ansiaba el contacto con el aire. Llevaba algo en ambas manos y lo sostenía como si estuviera dándole calor. Se recargaba en el barandal blanco, mirando hacia el techo de una casa. Abría tranquilamente sus manos, como si tuviera miedo de que lo que sostenía fuera a desaparecer. Trataba de chiflar imitando a los pájaros que poco a poco habían llegado al lugar. Parecía que la estaban esperando. Entonces empezaba a darles lo que, asumí,

era migajón. Supuse que lo guardaba entre las manos por temor a que se le cayera todo de un instante a otro. Tal vez me recordó a mi abuela. Ella también solía alimentar a los pájaros del jardín de su casa durante horas y horas, hasta que un día, ya no estuvo más. Los pájaros sólo se cansaron de esperar después de varias semanas sin recibir respuesta a sus cantos. Aunque a lo largo de los meses que siguieron, todavía se podía ver uno que otro esperándola en la esquina donde los alimentaba.

Se notaba cansada. Quizá porque la edad ya le pesaba, quizá porque el camino de subida al mirador era largo. Bien podían ser tres o cincuenta escalones, sólo ella sabía cuánto tenía que subir para llegar ahí. No puedo imaginar lo aburrida que podía volverse su rutina después de verla a diario hacer lo mismo, casi sin modificaciones, al menos durante dos años, siempre a las once y media de la mañana. Era todo un ritual. Estoy seguro que llevaba mucho más tiempo haciéndolo, pero yo sólo me percaté de su existencia hasta ese momento. ¿Cuántas historias que pasan frente a nuestros ojos nos habremos perdido sólo por no voltear hacia el lugar preciso en el momento indicado?

Me parecía que quería transmitir en cada migaja de pan todo lo que había aprendido en su vida a los pájaros que la esperaban ansiosos. Si tuviera que adivinar, diría que era su manera de extender su tiempo en el mundo: el testamento de su experiencia a través de aquellos animalitos que desde diez minutos antes de que saliera, ya cantaban, dándole a entender que la esperaban. Se escuchaba un coro completo desde el café en el que escribía, y aunque nunca tuve la oportunidad de contarlos, de vez en cuando todavía me pregunto cuántos estarían ahí diariamente, con la esperanza de ser alimentados. Cuando se quedaba sin alimento, permanecía ahí, sin moverse, observando fijamente al techo donde estaban los pájaros cantores recién alimentados que volvían a encender sus gargantas, como regresando el favor y animando un poco el ambiente con su trinar. Creo que de eso se trata la vida, de construir comunidad con los demás seres que comparten este mundo, como piezas de rompecabezas: no servimos para todo, pero somos buenos haciendo algo. Ella, contemplando, alimentando a los que puede con lo que tiene. Ellos, cantando para hacer un poco más sencilla

**AUTOR**

Jorge Castro Amézquita

**LUGAR DE RESIDENCIA**

Puebla, Puebla

**RED SOCIAL**

@JCastro793

**CATEGORÍA**

Cuento

la vida (porque las horas pesan menos cuando hay música). Yo, escribiendo, tratando de retratar su manera de vivir. ¿Sospecharán que alguien, en uno de los patios abajo, los observa, insertándose en su dinámica, no por peculiar, vieja o hermosa que sea, sino por mero oportunismo? ¿Sabrán que me hago partícipe de su rito como único testigo de su comunión? Bien podría ser esto lo que constituye una religión. Cuando ellos empezaban a callarse, ella se estiraba. Se sostenía del barandal que delimitaba el pequeño mirador, extendiendo levemente las piernas, hincándose hasta donde sus rodillas se lo permitían, levantando los brazos un par de veces. Todo con pasmosa lentitud. Desde abajo podía adivinar el cansancio reflejado en su rostro por el esfuerzo. Después, observaba. Sólo observaba. A veces parecía de piedra. Pasaban los minutos y ella se quedaba ahí, parada, sin moverse. Varias ocasiones llegué a pensar que se había convertido en una estatua. No importaba si el cielo estaba cayéndose, o si el sol amenazaba con quemar todo lo que se le pusiera enfrente. Ella se mantenía inmóvil. Quieta por varios minutos. Luego, en automático, se volteaba y descendía lentamente, yo imaginaba que le pedía permiso al piso para caminar sobre él sin hacerle daño. Lo último que veía de ella era su cabeza, cubierta con un velo café que se ponía antes de desvanecerse por completo. Y no volvía a aparecer hasta el día siguiente.

Así pasaron dos años, de lunes a viernes, siempre a la misma hora. Fue una mañana gris que me levanté al baño después de tomar varias tazas de café, su figura estática seguía ahí antes de perderla de vista al cruzar el umbral de la puerta. Cuando regresé ya no estaba. Se esfumó así, sin más. Esa fue la última vez que la vi. Como si nunca hubiera estado. Incluso ahora, todavía me pregunto si habré alucinado todo. Nadie más en el café parecía haberla visto, pero ella



sabía, y yo también, que nosotros estábamos ahí, ajenos a su costumbre monótona. Varias veces la descubrí viéndonos mientras se peinaba los cabellos blancos y brillantes, acaso deseando insertarse en nuestra cotidianidad. Sin darme cuenta, ese se volvió mi momento favorito del día: contemplarla sin que ella supiera que lo hacía mientras nos veía largamente sin que los demás fueran conscientes de su existencia. Me gusta pensar que presenciamos un mínimo desarrollo de nuestras vidas, que inferimos en el otro inconscientemente, cada quien desde su particular rincón del mundo y sin tener ningún tipo de contacto directo.

Todos los días, a partir de ese encuentro fortuito, yo la observaba realizar su ritual diario. Hasta que un día no apareció. Los pájaros se cansaron de esperar después de varias semanas sin recibir respuesta a sus voces, anhelando su presencia en el mirador donde los alimentaba. Poco a poco dejaron de llegar y su canto se apagó lánguidamente. Entonces ya no estuvo más.

## El bosque azul que me circunda

**AUTOR**  
Roselbet Toledo

**LUGAR DE RESIDENCIA**  
Cd. de México

**RED SOCIAL**  
FB: /ROSELBET.TM

**CATEGORÍA**  
Poesía

Nunca usó la cacerola para jugar a la mujer responsable  
la empeñó en una tienda de rayas y  
se compró con el dinero una ola negra  
como la lengua de quien usa el tocador para decirse ciertas cosas

Para lamer la noche  
usaba la sal endulzaba el cuerpo  
la espuma blanca  
le roía los muslos de arena haciéndoles anotaciones  
contando los días que llevaba sin sentir  
entre las piernas el escurrimiento de un poema

Nadie había visto nadar una ola  
en el mar de olas  
hasta que ella se paró de pie juntillas y  
declamó una o dos o tres recetas de mejillones al ajillo

Nadie había visto a una mujer escribir como mujer

Nadie había previsto  
 que se desnudaría el torso se levantaría la falda  
 se recostaría contra el muro abriría los sentidos de la carne  
 esperando con sonrisa maliciosa la embestida de un poema  
 Nunca usó la cajita de especias que le regalaron  
 cuando era niña y perseguía nubes en su bicicleta vagabunda

Se tatuó una escoba para recordarse que nunca usaría una escoba  
 Esperó que le creciera un rosal en el corazón  
 pero en vez de eso comenzaron a nacerle caracolas

Ella dijo: soy una y soy miles  
 mis voces se replican en el bramido de la piedra  
 quiero volar y más se agitan las olas de las nubes  
 quiero correr tras los cangrejos que se fugan en la arena  
 quiero yo misma ser fuga  
 dejar de tener pies para volverme sirena

Ella dijo: en el bosque azul que me circunda  
 se balancean y cantan las demás sirenas

Ella dijo: traigo en mi bolsillo del chaleco  
 la ola negra que compré para esta noche

# LAS GE NEE PRA CIO NES

**AUTOR**  
 Óscar González López

**LUGAR DE RESIDENCIA**  
 Puebla, Puebla

**CATEGORÍA**  
 Cuento

Aquel año César Espina cumplió treinta años de muerto. Su hijo contaba treinta y cinco el día que volvió al pueblo pensando que ya era tarde. Durmió mal en el camión. Se despertó varias veces sintiendo el frío en los huesos, y cada vez palpó la bolsa del saco: ahí seguía el dinero. La madrugada le dolía en el cuello y sobre los hombros. Le habían contado que en el valle caen heladas de noche y que el sol parte las piedras de día. A duermevela sintió el cambio del aire, apartó la cortina y miró por la ventana. Ya estaba cerca. Todavía brillaban las luces de las casas. Vio la planicie terminar allá lejos, en la cordillera. El sol ponía naranja el filo de los cerros. Brillaba a tramos, como un engaño de agua sobre la sal y la tierra seca. Arriba, todavía unas pocas estrellas. En la terminal estiró las piernas y se apretó la nuca con la mano. No quiso desayuno. Apenas llegó y emprendió el camino. Vio resucitar tiendas raquíticas, pasó por fuentes llenas de basura, árboles con las ramas desnudas y pedazos de corteza muerta. Sintió un olor a hierba chamuscada traído por un viento constante y rastroso. Pasó las avenidas sin acercarse al centro del pueblo. Se asomó a las fondas a las mercerías a los talleres. En las vecindades oteó algún patio escondido. No recordaba los nombres de las calles: Huatambo ya no era como le habían dicho. Se perdió dos veces antes de resignarse a preguntar. Había poca gente en las calles. Vio a un hombre limpiando engranes con gasolina. Cuando le habló apenas volteó a verlo: el panteón municipal estaba al otro lado del pueblo, dijo.

Luego siguió lavando las piezas. Volvió a las mismas banquetas, siguió los mismos pasos en sentido contrario, cubriéndose los ojos primero con la mano, después poniéndose el saco en la cabeza. El sol subía en el cielo despejado. Le chorreaba el sudor por las sienes. Apuró el paso.

En el panteón todo parecía a flor de tierra. Dos caminos de piedra cruzados y entre ellos montones de escombros, cruces de cemento desnudo y madera, hierbas amarillas ahogadas entre el polvo. Lápidas sin orden, una tras otra, inclinadas sobre la tierra partida. Los ojos no se daban abasto, como si en el pueblo fueran más los muertos que los vivos. Allá donde viera encontraba muros agrietados, esqueletos de rejas entre los matorrales. Se fue al fondo del cementerio, donde le habían indicado, y caminó entre las tumbas buscando. Después de un rato confirmó lo que le habían dicho, que el cuerpo de César Espina sólo conoció la fosa común y que allí terminó todo. No estuvo en el velorio, se lo llevaron luego. Dijeron que iban a perder la casa. Pronto la partida de la familia, la desbandada, cada uno hacia lugares distintos. La vida donde los parientes, la ciudad lejos, el hambre y los caminos cada tanto tiempo y en la memoria la sangre, el cuerpo estremecido entre el polvo,

degollado en tiempos en que Huatambo era apenas un caserío, una mancha de piedra basta en el desierto.

El viento le llevó el olor del polvo y los pastizales humeantes. Los rayos del sol caían como navajas. Ni ruido ni rumor de coches, ni voces a lo lejos. La luz lastimaba los ojos. Metió la mano en la bolsa del pantalón. Sacó la foto, la única que tenía. En el borde se leía la fecha: mil novecientos cincuenta y seis. Arriba, un hombre de no más de treinta, flaco, de ojos claros. Parado en el cruce de piedra, cubierto con el saco, soltó un jadeo. No separó la vista de la foto. Apretó los dientes, volvió a soltar el aire. Se tragó las lágrimas. Sintió el sobre con el dinero en la bolsa. Luego volvió por el empedrado. Sentado frente al funcionario, pidió la parcela y la caja de pino. Firmó con el nombre de su padre, pagó el total y dio instrucciones para el día siguiente. Quiso salir de nuevo a buscar la cerrada, pero el pueblo era ya una hoguera. El aire ondulaba sobre el pavimento. En las calles de tierra las grietas se hacían más profundas. Esperó una hora bajo un kiosco abandonado, entre restos de periódico ya rígido y pedazos de vidrio polvorientos. Intentó seguir pero era imposible, como pisar sobre clavos ardiendo. Le apretaban los zapatos. Miro la

basura rodar en el viento, los gavilanes en el cerro. Lo demás quieto. Después de un rato tuvo que refugiarse en la tienda, donde ahora toma un refresco. Rumor de televisión, olor a incienso, imágenes de santos. La mujer del mostrador ve una película en blanco y negro. Una película de policías buenos. No se molesta en voltear a verlo. Deja pasar la hora. Mira el reloj: tiene tiempo todavía. Pone la botella en el mostrador y paga. Hace cuentas para el regreso. Le han dicho que el pueblo está desierto hasta las cinco de la tarde. Que antes las calles están vacías. Cualquier cosa que respire se guarda bajo tierra o bajo techo. Sale de la tienda apurando el paso. Ni siquiera se escuchan los ladridos de los perros. El cielo sigue claro. El aire es denso. Camina con paso constante al otro lado del pueblo. Busca las pocas sombras que el sol no engulle. La hora es una tregua entre el calor y la helada que viene. Cada paso lo acerca al entierro, pero para cuando el cuerpo toque fondo ya estará lejos. El rumbo todavía se parece al de aquel tiempo, como para asegurarse que no se pierda esta vez. La calle debe estar ahí. Se lo han dicho. El cementerio en una punta del pueblo, la cerrada casi en el otro lado. Después de hoy no volverá a

pisar Huatambo. Al llegar, el astro ya está cerca del horizonte. Frente a él está la calle. Levanta los ojos y lee la dirección en el letrero de latón. Es la cerrada. Busca entre los quicios de las vecindades y elige el más oculto. Ahí es más profunda la sombra. Se lo han dicho. Deja pasar el tiempo. Aunque la temperatura baja, todavía está sudando. Se oyen cerca las primeras voces atreviéndose después del ardor de la tarde. Los ve venir: el hombre lleva las manos en los bolsillos. Detrás de él juega un niño. Entre las últimas luces mira por última vez la fotografía. Levanta la mirada: el mismo hombre flaco, la misma edad, los mismos ojos claros. Sale del portal, piensa en el pasaje de regreso y camina con el nombre del padre entre los dientes. El hombre no lo ha visto porque voltea y extiende la mano hacia el niño que corre para alcanzarlo. Lo escucha decir un nombre y duda, pero se recompone, junta las cejas, le clava los ojos. Nadie dudó a la hora de matar a César Espina. Lo mira tomar la mano del niño, levantar la cara. Lo encuentra de frente y halla en los ojos claros el espanto. Tiene ya la mano en la bolsa. Aprieta con fuerza la empuñadura y acaricia el filo con el dedo. El niño mira. La noche fría abraza Huatambo.

# QUÉ LE PASA A LUPITA

Lupita nació un día jueves seis de octubre hace veintitrés años. A punto de ser abortada por la extrema pobreza en que su madre vivía y compartiendo un cuarto de cinco por ocho con otros siete niños, Lupita se sintió siempre rezagada. Recordando las miserias de su niñez y adolescencia, Lupita juró ese día conmemorativo nunca cometer los mismos errores de su madre; cuando tuvo a su pequeño angelito, dos años antes, le besó la mejilla y le dijo al oído que le iba a dar todo lo que ella nunca tuvo porque lo amaba así de mucho.

Lupita despierta pues, todas las mañanas antes que el sol salga y deja preparado a su pequeño para llevarlo al kínder que queda justo a cinco casas de su propia casa. Al salir se encuentra con la vecina que ya se dirige a buscar al niño. Lupita viaja todos los días a la

**AUTOR**

Stivaleit Guerrero

**LUGAR DE RESIDENCIA**

Córdoba, Veracruz

**CATEGORÍA**

Cuento

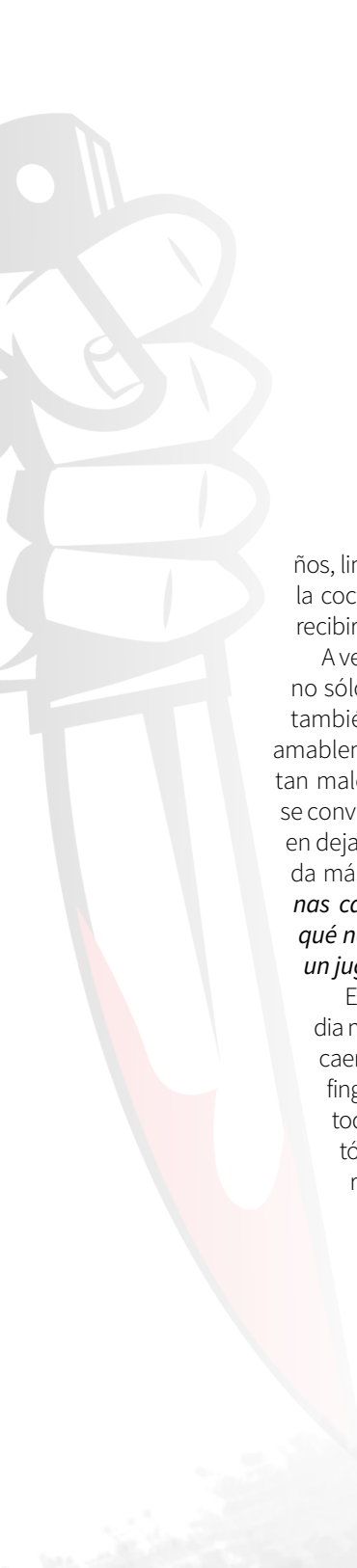
planta de procesamiento y gas de la ciudad. Viaja una hora de ida y una de regreso. Si llega después de las siete de la mañana, no le dejan entrar y pierde su turno. Jamás ha perdido su turno. Lleva quizás poco menos de tres meses.

Cuando llega a la planta es revisada por hombres. Aunque éstos tienen aparatos que detectan el metal, a veces deslizan sus manos a los costados de su torso y llegan a la parte alta de su trasero. Aunque los nuevos guardias no hacen semejante grosería, los más viejos y con más rango se divierten frecuentemente. A veces los guardias jóvenes ven a Lupita y se apresuran para dejarla pasar y evitarle la molestia de ser revisada por el superior. El primer día que esto sucedió (cinco días después de haber comenzado a laborar), Lupita se quejó. **¿Quieres el trabajo?, le preguntaron, entonces cierra el pico.**

Después de pasar por la revisión se dirige al comedor. A veces llega tan temprano que tiene que esperar a que llegue la jefa y abra las puertas. Lupita ofreció abrir ella las puertas y

arreglar todo para los ingenieros hambrientos más mañaneros. Su oferta fue rechazada y a pesar que el comedor ha sido multado un par de veces por no abrir a la hora acordada, la jefa replicó: **No queremos que desaparezcan cosas de este lugar, gracias.** Estando allí afuera del comedor ve cómo pasan las iguanas a sus pies, a los ingenieros extranjeros en su overall azul marino y ve a los demás en monojerseys anaranjados. El día que olvidó su casco tuvo que regresar a casa y no trabajar. Esa única vez ha sido regresada a su hogar sin tener con qué alimentar a su pequeño. Desde entonces se asegura de no olvidar el casco.

Cuando por fin abren el comedor entra Lupita, ya acompañada de ingenieros hambrientos que en lugar de antojarse del jugo de naranja que tan fresco le queda, se antojan de su cuerpo morenito y recién bañado de la mañana. Soporta estas miradas de siete de la mañana a dos de la tarde y luego de cuatro a seis. Entre dos y cuatro tiene que lavar los ba-



ños, limpiar el comedor, apoyar en la cocina y si a veces se requiere, recibir a los proveedores.

A veces los ingenieros le dirigen no sólo miradas inquisidoras sino también saludos. Cuando saludan amablemente y dejan propina no es tan malo, pero cuando los saludos se convierten en groserías, no duda en dejarlos esperando por la comida más de media hora. *¡Qué buenas carnes, Lupe!*, le dicen, *¡Por qué no combinas mis huevos con un jugo de tus naranjas, Lupe?*

En una ocasión llegó el guardia mayor, intencionalmente dejó caer salsa en la blusa de Lupita y fingió limpiar con una servilleta todo su pecho. Lupita se aguantó la vergüenza y las lágrimas y regresó a la cocina por más salsa. Era salsa macha.

Entonces un día, casi después de tres meses de trabajo en la planta, llega una nueva cocinera a la cafetería, los ingenieros se divierten haciendo las mismas desagradables

bromas que anteriormente le habían jugado a Lupita. Sale apenas la trabajadora Lupita de la cocina cuando ve cómo un viejo regordete tira una cucharada de chicharrón verde en los pies de la nueva, diciendo muy convencido que sus *chicharrones estaban demasiado aguados para su gusto*. La nueva no tiene más de diecisiete años.

Ese día Lupita recuerda los golpes y groserías que su padre le propinaba, recuerda las manos sudorosas de los puercos guardias de seguridad y los *si te dejas tocar a veces se divierten y no te lo guardan para después*, de sus compañeras. Agarra un cuchillo de los grandes y filosos de la barra, se dirige hacia la mesa del regordete y con toda su fuerza clava la punta en la mesa, entre los dedos meñique y anular del ingeniero gordo.

A la siguiente semana que Lupita se entrevista con su nuevo empleador, la pobre mujer apenas puede susurrar:

*Yo no fallo. La próxima vez—el asqueroso gordo— hubiera tenido un dedo menos que frotarle a las mujeres. Afortunadamente para él—yo—ya no trabajo ahí.*

El empleador la refiere entonces al área telefónica de Servicio al Cliente, donde Lupita trabaja arduamente hasta que la ascienden, un par de semanas después.



## Vendrá la muerte y no tendrá tus ojos (todavía)

POR: LUCÍA FUENTES

Decido dejar de fumar. Sustituyo los Marlboro por pastillas que mi mamá me regala de vez en cuando porque tienen el mismo efecto estimulante en mi cerebro. Y es que la vida, tal cual, no es mala: solamente muy corta. Envejecemos y desaparecemos. Todos queremos vivir y sin embargo, tenemos que morir. A partir de esto, lo que deseamos es ser inmortales. O vivir un poco más. O como última no morir dolorosamente. Quizá por eso, por pura prisa y resignación, hemos realizado algunos sueños. Podemos viajar de un continente a otro en horas, respirar abajo del agua. Hemos inventado los libros, las computadoras, las pelucas. La información sobra y todos podemos acceder a ella y a lo que queramos cuando nos da la gana. Para los que se obsesionan un poco más de lo necesario hemos inventado grupos de apoyo donde se encuentra casi de todo: los que beben mucho, los que comen poco, los que quieren a los gatos, los que se enamoran de los gatos, los que están a punto de morir o, en el caso de mi mamá, los que imaginan estar a punto de hacerlo.

Desde niña mi mamá ha tenido problemas de ansiedad. El cáncer de su abuela detonó en ella un miedo mudo pero constante

a las enfermedades. No a la muerte sino al proceso. No entendía —y sigue sin hacerlo— que ese proceso es inevitable. Su temor iba creciendo en proporción con la tecnología, y el internet provocó en ella la culminación de una hipocondría que oscila entre la tristeza, la desesperación y la soledad. Después de divorciarse hizo su propia cuenta de Facebook, agregó a unos cuantos amigos del Félix de Jesús, se unió a un grupo de apoyo: “Este grupo ha sido creado para que todos los que somos Hipocondríacos dispongamos de un sitio para poder hablar y contar nuestras experiencias”, y echó andar la máquina nociva.

Enciende un cigarro, esta vez es Delicados y sin filtro; ahora mi mamá no está sola. Está con 1,317 personas que día a día se sienten igual que ella. Mexicanos, españoles, argentinos, chilenos, brasileños y colombianos con los que, por medio de mensajes, elige su tumba libre y pavorosamente por lo menos dos veces a la semana. Siempre con un miedo inexplicable a la palabra que empieza con “c”.

Algunas drogas sintéticas (drogas que comparte conmigo amistosamente los domingos por las noches) calman su ansiedad, pero la felicidad a veces está en la costumbre. En la práctica que se vuelve rutina. Podemos vivir sin ella a todo dar pero preferimos que no porque la nostalgia está cabrona. Es

mejor repetir las cosas que nos gusta hacer una y otra vez. Así como sucede con el sexo: una vez que terminas te gusta tanto que quieres volver a empezar. Por eso mi mamá siempre regresa a “Hipocondría” para desahogarse o simplemente para aconsejar. Y no hay que subestimar todo lo que puede aconsejar una persona que vive pegada a la computadora investigando si el bruxismo es genético, si las heces deben ser redondas, largas o curvadas, o si la cúrcuma es igual de efectiva que la aspirina. Si sus consejos y recomendaciones están bien es otra cosa. Otra cosa que, aunque no puedo dejar de pensar en si tomar un cigarro o no, intento comprender.

Dentro de las mil personas hipocondríacas que participan ávidamente en el grupo, logran formarse amistades muy peculiares. Mi mamá, en su caso, conoció a Gastón en un *post* donde ella explicaba que tenía un zumbido en el oído constante e imposible de ignorar. Gastón, un ex-músico argentino ahora víctima de acúfenos, le mandó un mensaje privado. La sentenció a quedarse en casa 22 horas al día, a tomar antidepresivos por la mañana y sedativos por las noches, y a una dieta casi letal: nada de sal, nada de azúcar y todo el ajo posible. Como los doctores no podían ayudarla, o más bien le decían que sólo tuviera paciencia pues no había solución al zumbido, mi mamá hizo caso a las instrucciones del argentino. Ahora ya no necesita ir a ningún doctor. La terapia ahora es permanente: Gastón se convirtió no sólo en su amigo, sino en su psicólogo personal. Como ninguno de los dos trabaja, pueden hablar por teléfono esas 22 horas del día que están encerrados en sus casas. Ya hasta la escuché decir contenta que tiene nuevo padrino. Mordisqueo un poco el filtro de un Marlboro rojo que encuentro en mi cajón: quizá el miedo sea constante, pero llamar la atención siempre ha sido su acción favorita.

En el grupo no se aceptan doctores. Nadie se pelea ni se estresa con las estupideces que se llegan a comentar:

#### Lidy Holi

7 de abril a las 10:48

Tengo una duda.. alguien sabe si es normal hacer del baño color amarillo muy claro si se ha comido como 36 horas pura gelatina, avena con leche, helado y atoles con leche debido a una extracción dental?

#### Tabitha Campoy

11 de abril a las 19:17

Hola alguien le a durado mareo o vértigo pero se siente inestabilidad y mas kn ojos cerrados q le aiga durado una semana o mas?

Cuando le pregunto a mi mamá qué es lo que le gusta del grupo me dice que ahí nunca se juzgan entre ellos. Ni por los miedos ni por las ideas ni por la ortografía. Tampoco les importa mucho si al final terminan teniendo esta enfermedad o la otra. Los comentarios se van quedando abajo mientras son sustituidos por nuevos, y la mayoría de las veces los consejos los tranquilizan el tiempo que tardan en descubrir una nueva enfermedad por internet. Hoy es gastritis, mañana una infección de oído y pasado mañana un trombo.

Abro los ojos y me doy cuenta que todos estamos igual. No hay armonía. Unos creen en los grupos de apoyo, otros en los programas de *fitness* y otros en los efectos de la nicotina. De cualquier manera buscamos situaciones que nos hagan sentir como en casa. Situaciones o lugares que alimenten nuestra propia idea de inmortalidad por lo menos tres cigarros al día o cinco comentarios a la semana.

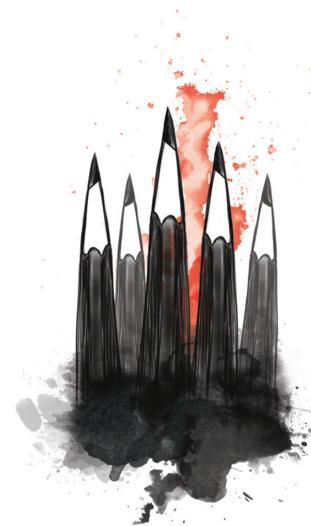
AUTOR  
Monserrat Acuña

LUGAR DE RESIDENCIA  
Querétaro, Querétaro

RED SOCIAL  
FB: /acunamonse

CATEGORÍA  
Poesía

## Los objetos peligrosos resultan más benignos



He notado últimamente  
en objetos aparentemente neutros  
una extraña propensión al mal

le temo a los elevadores  
cada que chasqueo los dedos  
tres personas cruzan la sala de urgencias

Cada catorce segundos, alguien sale herido  
en un accidente  
dos niños son tratados por asfixia  
(uno siempre muere)  
las mordidas de perros envían por semana  
a cincuenta y cuatro personas al hospital

los objetos peligrosos resultan más benignos  
apenas dieciséis mil quinientas setenta  
personas se hicieron daño con un hacha  
monedas y billetes causaron el triple de lesiones  
mientras que al año  
cincuenta mil son víctimas  
de lápices, bolígrafos  
y demás artículos  
de escritura.

## EL COYOTE

Por: Lucía Isabel Valencia Blanco

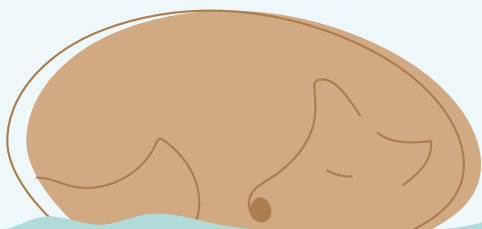
Sueño con el coyote que baja al pueblo cuando llueve. Huye del cerro que se desgrana y llega hasta los senderos. Sabe que la gente se refugia dentro de las casas y que nadie querrá cazarlo entre el agua. Con parsimonia se acerca a los corrales.

Cuando llueve más, baja de la sierra a la primera ciudad. Allí mete sus patas enlodadas en los ríos de la calle y espera. Nada circula, sólo los perros callejeros que se come y a los que ya no se asemeja. Despluma las gallinas y las mordisquea, pero a los perros los devora enteros abriendo su enorme boca. Como si los dientes fueran navajas que exhibe por orgullo.

Hoy diluvia. El coyote corre sobre la carretera que va a la capital. Ya no come alimañas. Ahora busca autos que tragarse en medio del agua que se acumula entre los cactus.

Pero no hay nadie. El mundo es un erial húmedo. En la capital los carros flotan entre los camiones y el coyote camina pisando edificios, dando mordiscos a ciegas. El agua se le ha metido en los ojos y piel, que se estira para dar espacio a un vientre hinchado. En la capital no queda nada y el coyote corre hacia el oeste por la carretera que ya no está. Corre sobre el agua sin saberlo, sin notar que el suelo donde apoya sus patas se vence y se quiebra. No ve el borde que se aparece tan de pronto como si hubiera estado al acecho, esperándolo. Cae, sin resistencias o pataleos, notando —con un pensamiento de pronto verbal— que ni el agua hace ruido al caer. Ni parece haber piedras al fondo.

A lo lejos flotan unas flores y las flores llevan a una barca.



## Directorio

### Editor responsable

Clemencia Corte Velasco

### Editores responsables de este número

Nicté Toxqui Martínez

María Fernanda García Reyes

### Consejo Editorial

María Fernanda García Reyes

Nicté Toxqui Martínez

Paulina del Castillo López

Jimena German Blanco

Eric Josué Ibarra Monterroso

Carla Laura de la Hidalga Jiménez

Fabiola Lucía Fuentes Morales

Montserrat Flores Castelán

### Directores de diseño

Diego Aguirre Marín

María Marcela Medel Vera

### Diseño

Diego Aguirre Marín

María Marcela Medel Vera

Brenda Baez Rodríguez

Georgina Morales Delgado

Zaira Edith Cuecuecha Montiel

Daniela Anell Cuevas

Eduardo Avelino García Herrera

Abraham Torres Hernández

### Jefa de comunicación

Diana Gabriela Castillo Toriz

### Comunicación

Denisse Aguila Arias

Fabiola Padilla Patiño

Andrea Ruíz Gonzalez

## Colaboradores

Mario Islasáinz

Astrid Gómez Bojorquez

Carla de la Hidalga

Artemio Ramón Fernández

José Frausto

Georgina Guevara

Erik Moya

Jorge Castro Amézquita

Roselbet Toledo Mayoral

Óscar González López

Stivaleit Guerrero

Lucía Fuentes

Monserrat Acuña

Lucía Isabel Valencia Blanco

### Portada

Carolina Chávez San Pedro

ESFORA  
NÚMERO 7

# ESFORA

Convocatoria no. 8

fecha límite

17 de octubre, 2016

**Revista ESPORA**, a través del proyecto de servicio social *Creadores, Lectores y Textos Literarios* del departamento de Letras, Humanidades e Historia del Arte de la Universidad de las Américas Puebla, convoca a escritores y escritoras a colaborar en su nuevo número bajo los siguientes lineamientos:

## Bases

Podrán participar las colaboraciones escritas en lengua española. El autor o autora podrá participar con una obra en cada una de las siguientes categorías:

- **Cuento:** 2–5 cuartillas.
- **Microficción:** 1 cuartilla.
- **Poesía:** 1–3 cuartillas.
- **Ensayo:** 3–7 cuartillas.

## Formato de entrega

En archivo adjunto Word (.docx)

**El archivo debe estar guardado como “Título de la obra + Categoría”**

**Fuente:** Times New Roman

**Tamaño:** 12 puntos

Interlineado doble (2.0)

## Recepción de trabajos

Se deberá enviar la creación con asunto “**Convocatoria no. 8 + categoría**” a la dirección de correo electrónico [esporarevista@gmail.com](mailto:esporarevista@gmail.com). Es necesario anexar una hoja de identificación con los siguientes datos:

- Título de la obra
- Nombre de autor
- Correo electrónico
- Lugar de residencia
- Red social

## Dictaminación

La recepción de trabajos será desde la publicación de la presente hasta el lunes 17 de octubre de 2016. El consejo editorial notificará por medio de correo electrónico a aquellos autores cuyas obras hayan sido seleccionadas. El fallo será inapelable.